

RESEÑA DEL LIBRO *EL PAPA
Y EL CAPITALISMO*
(UNIÓN EDITORIAL, 2020, 119 pp.)

RICARDO ROMERO GARCÍA

El libro titulado *El Papa y el capitalismo* de Axel Kaiser que vamos a reseñar, pertenece a la colección denominada *Cristianismo y Economía de Mercado* que publica Unión Editorial junto al Centro Diego de Covarrubias, encontrándose caracterizados los libros publicados en dicha colección por una defensa de la sociedad basada en el concepto indivisible de la libertad de la persona.

Axel Kaiser es abogado, y doctor en filosofía por la Universidad de Heidelberg (Alemania), director de la cátedra F. A. Hayek de la Universidad Adolfo Ibáñez, Visiting Scholar de la Hoover Institution de la Universidad de Stanford y cofundador de la Fundación para el Progreso, en la que actualmente ejerce como Director Ejecutivo Internacional. Columnista de los diarios *Financiero* y *El Mercurio*. Conferenciante internacional y autor de los siguientes libros *El Chile que viene* (2007), *La fatal ignorancia* (2009), *La miseria del intervencionismo* (2012), *La Tiranía de la Igualdad* (2015), *El Engaño Populista* (2016), *El Papa y el capitalismo* (2018) y *La Neoinquisición* (2020).

Vaya por delante que el autor del ensayo que pretendemos reseñar se autocalifica como “cristiano no católico” (p. 25), y en ningún momento pone en duda la preocupación que el papa Francisco pudiere llegar a albergar por los más desfavorecidos, siendo su preocupación por ellos más que notoria, es más, incluso el nombre elegido para su pontificado por el sucesor de Pedro es en honor a san Francisco de Asís, fundador de la orden Franciscana, caracterizada siempre por su acercamiento a los más pobres.

Axel Kaiser de una manera sumamente respetuosa, simplemente pretende demostrar a lo largo del ensayo, en el que dedica los cinco primeros capítulos principalmente a temas económicos y del sexto en adelante a temas políticos, que la visión que el Papa tiene del capitalismo, al que en ocasiones parece comparar con un

monstruo venido del averno, sugiere estar muy influenciada, entiendo que por sus raíces argentinas, tanto por el peronismo, como por la teología del pueblo, como indica el autor y luego expondremos; para ello se apoya en textos escritos por el mismo Sumo Pontífice, fundamentalmente su encíclica *Laudato si'* y su carta *Evangelii gaudium*, difiriendo además dicha visión del capitalismo de manera sustancial a la de sus dos predecesores, san Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Recoge el autor a teólogos católicos de la talla de Michael Novak que han señalado que "parece ser que el papa Francisco no cuenta con una buena teoría acerca de cómo superar la pobreza" (p. 25). Por otro lado, hemos de recordar que la infalibilidad papal solo aplica a materias de fe, por lo que para los católicos resulta totalmente legítimo diferir en la opinión del Papa en temas políticos o económicos.

Señala nuestro autor que la encíclica *Laudato si'* tiene por tema central la defensa del medio ambiente, donde el Papa hace un llamamiento a cuidar la "casa común" mediante lazos de solidaridad, pareciendo no ser consciente el obispo de Roma que los bienes comunales, siendo estos los que todos tenemos acceso a disfrutar, pero ninguno estamos obligado personalmente a mantener, después de un cierto lapso de tiempo acabarán por deteriorarse imposibilitándose su utilización, con lo que parece olvidar por completo la conocida "tragedia de los bienes comunes".

El Papa pasa a continuación a hablar de la contaminación y de lo que él califica como "la cultura del descarte" (p. 29) indicando que afecta tanto a seres humanos que quedan excluidos, como a las cosas que rápidamente se convierten en basura, sin que, según él, el sistema industrial sea capaz de absorber y reutilizar residuos y desechos. Habría que hablar a los asesores del vicario de Cristo de la función empresarial y sus efectos de creación y transmisión de información y del proceso de coordinación y ajuste que promueve; o de la "simbiosis industrial" y sus efectos, y ponerles como ejemplo Kalundborg, un municipio costero de Dinamarca.

Respecto a la contaminación, y en réplica al Sumo Pontífice, nuestro autor señala que, "mientras más desarrollado económicamente es un país, más respeta el medio ambiente... ..mientras que en países pobres la urgencia es subsistir, más que cuidar el entorno"

(p. 30-31), pasando a continuación a demostrarlo utilizando como ejemplo a Estados Unidos y viendo cómo en el transcurso de los últimos treinta años se incrementó su ingreso per cápita, y de forma paralela se iban reduciendo sus emisiones contaminantes. Por tanto, de común acuerdo con el autor, y sin poner en duda alguna que la intención del Papa es la de proteger el medio ambiente, Su Santidad debería ser consciente que la mejor forma para lograrlo es fomentando el desarrollo económico.

El Papa parece entender el capitalismo global, de igual manera a como lo hizo Michel Montaigne quien en uno de sus ensayos indicó que en un intercambio “no se sacaba provecho para uno sin perjuicio para el otro”, cuando en realidad, en todo intercambio que se efectúe de manera voluntaria y libre ambas partes siempre ganan. El autor pone como ejemplo a Bill Gates, que, si bien es cierto que es inmensamente rico, todos los que usamos sus productos lo hacemos de manera libre y voluntaria, y ambas partes salimos ganando con la transacción, es más, para mí vale más el procesador de textos en el que estoy escribiendo ahora mismo, que el dinero que pagué por él a Bill Gates, de otra manera no lo hubiera comprado.

Por tanto, que el capitalismo genere pobres y ricos no es del todo cierto, tenemos que partir de la premisa como bien señala el autor, que “la pobreza es la condición natural del ser humano y para ser derrotada requiere de instituciones y valores que incentiven y premien la creatividad humana” (p. 43), ¿y qué podemos entender por esas instituciones que menciona el autor?, vamos a apoyarnos en la definición del profesor Jesús Huerta de Soto, que nos indica que las instituciones “son los comportamientos pautados desarrollados evolutivamente por la aportación de un gran número de seres humanos que persiguen empresarialmente sus fines individuales”. Por tanto, ante la ausencia de instituciones eficientes en países subdesarrollados que se encuentran altamente burocratizados resulta imposible, como señala el economista peruano, Hernando de Soto en su obra *The Mystery of Capital*, que los pobres transformen sus propiedades en capital, con lo que “el Estado condena de esta manera a las personas a la pobreza” (p. 45).

El Papa en su carta *Evangelii gaudium* condena al capitalismo de manera más rotunda si cabe, atreviéndose a señalar que es una

“economía que mata”, cuando en realidad hace lo contrario. En dicha carta se atreve a criticar las ganancias de una manera con la que no tengo más remedio que estar en desacuerdo, Su Santidad señala que, “mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el control de los Estados, encargados de velar por el bien común” (p. 47). Por su forma de expresarse, entiendo que el Papa considera a la economía como un juego de suma cero, en el que X se hace rico porque se empobrece Y, sin entender los mercados como interacciones voluntarias de seres humanos, y tampoco ve a la especulación financiera como aquella actividad en la que el empresario perspicaz, poniendo en riesgo su capital intenta anticiparse a los deseos de los potenciales consumidores, sino que la entiende con un sentido más peyorativo. Por si esto fuera poco, considera que hay un ente superior denominado Estado, que está para velar por todos, a cuyo frente se encuentra el político de turno, que el Papa debe entender que por ciencia infusa sabe en qué consiste el bien común, partiendo de la base de lo que para uno puede ser considerado un bien, para otro pudiere llegar a ser considerado un mal. Muy acertadamente, el autor recoge del profesor Luigi Zingales la aseveración de que “la mejor forma de combatir la desigualdad es con competencia en un mercado libre” (p. 52).

En otras declaraciones, cuanto menos llamativas, el Papa acusa al liberalismo económico del atraso que padece Latinoamérica, señalando que “...la emigración es también desde Panamá a la frontera de México con Estados Unidos. La gente emigra buscando. Porque los sistemas liberales no dan posibilidades de trabajo y favorecen delincuencias.” Si Su Santidad estuviere en lo cierto, ¿por qué la gente emigraría de países supuestamente liberales a otros que lo son aún más?, como señala nuevamente Axel Kaiser con datos, la ausencia de desarrollo, miseria y populismo que predomina en algunos países latinoamericanos es precisamente la ausencia de libertad económica, y señala acertadamente que, “a mayor libertad económica, en general, mayores oportunidades y mejor calidad de vida” (p. 57).

En otro de los capítulos, Axel Kaiser recoge la idea que tiene el Papa de construir una economía "comunitaria", y su aversión hacia el dinero al que cataloga como "el estiércol del diablo", cuando en realidad no es más que un medio de intercambio comúnmente aceptado, que facilita las transacciones entre los ciudadanos.

Por mucho que vilipendie el Papa la acumulación de capital, Axel Kaiser señala acertadamente, que será lo que facilite una mayor inversión en bienes de capital, que a su vez será la causa de una mayor productividad, lo que finalmente derivará en una elevación del nivel de vida para todos, mediante una elevación de los salarios reales.

Recoge el autor una interesante regla que califica como la esencia del sistema capitalista que dice así, "ahorro à inversión à crecimiento económico à mejor empleo à mayor productividad à mayores salarios à menor pobreza" (p. 64).

Otra de las controvertidas afirmaciones de Su Santidad y que recoge Axel Kaiser en el libro es aquella que señala que "se debería distribuir adecuadamente los bienes entre todos", no es que tenga parcialmente problemas el Papa con la propiedad privada, como señala con su excelsa educación el autor, es que directamente la deja pendiente de un hilo. Por suerte, hay católicos como Gabriel Zanotti, que tienen claro que la propiedad, de la mejor manera que puede servir al mayor número de personas es mediante el régimen de propiedad privada, tanto de los bienes de consumo, como de los bienes de producción, señalado que ahí está su función social (p. 68).

Del capítulo VI en adelante, el autor intenta a través de declaraciones del mismo obispo de Roma, mostrarnos el posicionamiento político que toma Su Santidad, que parece no dejar lugar a duda alguna. Comienza el autor sin dilación recogiendo unas declaraciones en las que el Sumo Pontífice hace constar que no se sentiría ofendido si se le llamara marxista dada la cantidad de ellos que conocía y eran buenas personas, aunque reconoce que la ideología es incorrecta (p. 75). Más que incorrecta, me atrevería a señalarle al Papa que es una ideología atroz, que como bien recoge Axel Kaiser "siembra el odio, profesa el ateísmo y la destrucción de toda religión, justifica la dictadura violenta de una clase sobre otra, y niega la existencia de la propiedad privada" (p. 76).

En otras no menos polémicas declaraciones al diario *La Vanguardia*, el vicario de Cristo señaló "...[que] descartamos toda una generación por mantener un sistema económico que ya no se aguanta, un sistema que para sobrevivir debe hacer la guerra..." (p. 77). El autor se ve nuevamente en la tesitura de enmendar la plana a Su Santidad, y hace constar que, "gracias al capitalismo y el libre comercio mundial la violencia en el mundo ha decrecido" (p. 78). Me tomo la licencia de añadir que haría bien el Papa en escuchar al menos, la advertencia que nos hizo Frederic Bastiat, quien mantenía que cuando los bienes no cruzaban las fronteras, lo harían los ejércitos.

Es un hecho notorio la influencia que el Papa ha recibido del peronismo, movimiento que recibe su nombre del general Juan Domingo Perón, quien gobernó en Argentina buscando un camino intermedio entre el liberalismo y el comunismo, siguiendo como modelo para ello a Benito Mussolini y su tradición fascista encarnada en el populismo y anticapitalismo. El resultado de sus políticas fue la ruina de Argentina, cuyas consecuencias llegan incluso hoy día a padecerse y no tiene perspectiva de mejora.

Axel Kaiser nos enseña que otra de las influencias que recaen sobre el Papa es la de la "teología del pueblo", también conocida como teología populista, que surgió en Argentina, en la década de los años 60, después del Concilio Vaticano II. Dicha teología, como todo populismo divide a la sociedad, en este caso entre abusadores, componiendo esta categoría los ricos y poderosos a los que se ocupa de condenar, y la de los abusados compuesta por la gente pobre que forma el pueblo, a los que poco menos que sacraliza.

En el último capítulo nuestro autor realiza una interesante comparativa entre la diferencia de trato que ha deferido Su Santidad a los diferentes dirigentes internacionales, como por ejemplo su cercanía con Cristina Kirchner o su distanciamiento con Mauricio Macri; la defensa que prestó para que el régimen de Maduro se pudiese mantener en el año 2016, y la ausencia de la condena de manera abierta del mismo; o su trato con los Castro en Cuba, muy diferente del de su predecesor Benedicto XVI, quien en territorio cubano defendió sin rodeo el derecho a la libertad individual como fuente de la dignidad humana.

Termina nuestro autor el libro con un más que interesante epílogo en el que se pregunta si se puede ser defensor del liberalismo económico a la par que católico, y para responder trae a la palestra tanto a san Juan Pablo II, como a Benedicto XVI. De san Juan Pablo II, si bien reconoce que “nunca abrazó un capitalismo incondicional, sí lo defendió como el mejor sistema posible” (p. 100). Nos rescata varios pasajes de su famosa encíclica *Centesimus annus*, donde reconoce entre otros aspectos el papel de capitalismo, señalando expresamente, “Si por «capitalismo» se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es ciertamente positiva, aunque quizá será más apropiado hablar de «economía de mercado» o simplemente de «economía libre»”. De igual forma, Benedicto XVI, en su encíclica *Caritas in veritate*, reconoce el rol del mercado y la importancia de la confianza para su funcionamiento con estas palabras, “Si hay confianza recíproca y generalizada, el mercado es la institución económica que permite el encuentro entre las personas, como agentes económicos que utilizan el contrato como norma de sus relaciones y que intercambian bienes y servicios de consumo para satisfacer sus necesidades y deseos”. Como remacha el autor con otras palabras, “el mercado, para operar de la mejor manera, requiere de confianza interpersonal, es decir, de ética” (p. 103).

Conclusión: El ensayo de Axel Kaiser es una exposición clara de la opinión del Papa en diversos ámbitos y una crítica a la misma desde el mayor de los respetos con un exquisito tacto. Si bien me uno a la opinión, como no podía ser de otra manera, que el Papa pretende el mayor bien para el mayor número de personas, según *The Economist*, el papa Francisco no se caracteriza por ser una persona cerebral o académica, sino más bien una persona intuitiva e impulsiva; pecando de arrogante me atrevería a sugerirle, que si el papa Francisco emulara a san Juan Pablo II y de igual manera que este se reunió con Friedrich Hayek para asesorarse en temas económicos, si el papa Francisco se dejara asesorar por ciertos economistas, estoy seguro que su próxima encíclica diferiría mucho de la última y polémica *Fratelli Tutti*, porque si bien comencé diciendo

que la infalibilidad papal no afecta a temas económicos y sociales, hoy día, al menos en Occidente, cualquier declaración del Sumo Pontífice sigue teniendo la mayor de las repercusiones, por ello, es de imperiosa necesidad que Su Santidad sea consciente cuanto antes que, como nos enseñó el profesor Huerta de Soto, Dios es libertario.